

RAÚL
GARBANTES

LOS
SUICIDIOS
DE PRINCETON

UN RELATO POLICÍACO DE ASESINATOS, MISTERIO Y CONSPIRACIONES

SERIE
REBECA
OLSEN



LOS SUICIDIOS DE PRINCETON

REBECA OLSEN Nº 5

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2020 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Redes sociales del autor:





Obtén una copia digital GRATIS de *Los desaparecidos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/losdesaparecidos>

PARTE I

JASMINE SE ENCONTRABA en la azotea de la torre de Nassau Hall, en el edificio más emblemático de Princeton. Había tenido un buen día. Era viernes por la noche y había decidido ir en soledad a aquel lugar. Le gustaba mirar el campus desde allí.

Cuando dio la vuelta para irse a casa, escuchó un ruido y la vio. Una chica parecía decidida a lanzarse desde lo alto de la torre. Caminaba con determinación, como si nada pudiese detenerla, pero Jasmine se movió con rapidez y corrió hacia ella antes de que pudiese subirse a la cornisa.

—Detente. ¿Por qué quieres hacer esto? —le preguntó al mismo tiempo que con sus manos le sostenía los brazos.

—¡Déjame! ¿Quién crees que eres para meterte así en mi vida? Esto no es tu problema —respondió la chica.

—No vale la pena. Por lo que sea que hayas decidido acabar con todo, no vale la pena. Puedo mostrarte las cicatrices que tengo en mi cuerpo. Yo también he estado en tu lugar. Mi vida ha sido un desastre casi siempre y también pensé que no había remedio.

Entonces la chica relajó los músculos de los brazos y Jasmine comprendió que al menos contaba con unos minutos para hablarle.

—¿Cuál es tu nombre? —quiso saber.

—Me llamo Jasmine. ¿Y tú?

Ella sonrió un segundo, con ironía. Más bien fue una mueca.

—Soy Lynette.

—Te parece que nos sentemos aquí un momento. No pienso llamar a nadie ni evitar que te lances si después de que hablemos continúas con esa idea. Solo te pido unos minutos. Te prometo que, si desistes, no avisaré a nadie lo que ibas a hacer.

Lynette decidió hacer lo que Jasmine proponía. Las dos se sentaron en el piso, junto a la cornisa.

—No voy a poder soportar la vergüenza, la humillación... —dijo rompiendo en llanto.

—¿Cuál humillación?

—Tiene las fotos, mis fotos de la preparatoria. Por eso no uso redes sociales. Cometí un error hace unos años. Me gustaba un chico que no era buena persona. Me tomé unas fotos para él y las difundió en las redes. Pero no todas. Después hubo un escándalo, aunque pequeño; logramos minimizarlo. Me refiero a mi familia y a la escuela. No volvió a publicar nada más. Ahora ellos las tienen, y unas peores, ni siquiera las recordaba, o, mejor dicho, quería olvidarlas. Aunque me he mantenido con el temor oculto de que eso volviera a salir a la luz. Dirás que eso no es tan grave, pero si te pasara a ti, sería distinto. El desprestigio en este lugar no está permitido. Esto me convierte en una impresentable. Esto me va a arruinar, porque sería solo el comienzo. Están

dispuestos a todo. A mí y a las otras. Y lo peor es que ahora sé algo espantoso; algo que daña a otras personas...

—Entiendo. ¿Y no puedes convencerlos de que no te desprestigien? ¿Qué los mueve para hacer eso? —preguntó Jasmine.

—Es mejor que no sepas más —le respondió al mismo tiempo que secaba unas lágrimas de sus ojos—. De todas formas, ya hoy he perdido el valor. Hoy no lo haré —dijo y se levantó.

Luego echó a andar hacia la puerta de la azotea. Caminaba despacio.

Jasmine tuvo la intención de acompañarla, pero no lo hizo. Sin embargo, averiguó lo que pudo sobre ella después de aquella noche. Y cumplió su promesa; no le dijo a nadie lo que había pasado.

ERAN las once de la mañana del 25 de enero e iba a encontrarme con Rose en el Central Park.

De la estación de trenes de Nueva York al parque se me hizo el camino interminable. La ciudad estaba cubierta de nieve y la gente se resguardaba en las cafeterías.

Reparé en una de ellas que quedaba de camino y estaba abarrotada de gente. En la entrada vi a un mendigo sentado en el suelo. Se trataba de un hombre mayor con la cara reseca y manchada que soplaba las palmas de sus manos y luego las frotaba.

Yo estaba tan emocionada y satisfecha conmigo misma por la resolución del caso en Westchester, y en contraste con mi situación estaba aquel sujeto pasándolo tan mal, que sentí mucha pena. Pensaba que el frío era una maldición para los desfavorecidos, así que saqué de mi morral lo más rápido que pude varias monedas y se las ofrecí. Abrió sus labios rotos y me dio las gracias con una sonrisa infantil que mostró los pocos dientes que tenía.

Continué mi camino casi corriendo, mientras sentía el vaivén del abrigo que me golpeaba las piernas y también el viento helado chocando contra mi cara. En ese momento comenzó a nevar. La emoción de encontrarme a mi hermana después de tanto tiempo y hacerlo con el sabor de la victoria a cuestas por lo de mi descubrimiento del asesino de Sleepy Hollow era de las mejores cosas que me habían pasado en la vida.

Cuando andaba por el frente de la Torre Trump y llegaba a la esquina del parque, mi celular vibró. Lo llevaba dentro del bolsillo del abrigo. Lo tomé y miré el mensaje con expectación porque me temía lo peor, que Rose cancelara y me dijera que tampoco podría verla ahora...

En efecto, era ella, para decirme que a última hora no le había resultado seguro acudir a la cita. Que luego me explicaría, pero que no podríamos vernos. También decía que en unos minutos Anita Lansbury me llamaría para encomendarme un caso. Tuve que aceptar sus palabras porque sabía que nuestro trabajo era peligroso y que debíamos adaptarnos a los imprevistos.

Le escribí un simple *okay* y continué. Caminé por el sendero este del Central Park. Me adentré en aquel espacio solitario y lleno de nieve y vegetación. Anduve menos de diez minutos y después me senté en un banco. Fue en ese momento cuando recibí la llamada de Anita.

—Es urgente que te dirijas a Nueva Jersey, cerca del campus de la Universidad de Princeton. Algo terrible podría estar pasando que ya ha afectado a tres de «las ocho antiguas». No sabemos qué es, pero sospechamos una estrategia criminal que podría conducir a ciertas jóvenes a cometer suicidio. Buscarás a Jasmine Morris. Ella te lo contará todo. Te esperará en el número 8 de la avenida Patton. Estoy por enviarte un archivo a tu correo con información. Uno de los nuestros te conducirá en auto hasta allá. Te aguarda en la esquina del suroeste del parque donde ahora estás.

¿Qué diablos eran «las ocho antiguas»? ¿Quién sería Jasmine Morris?

EN SEGUIDA me acordé de que ese era el nombre que se le daba antes a las ocho universidades privadas más prestigiosas del país. Hace unos años, hice un trabajo sobre el escándalo de los sobornos para los ingresos de los hijos de algunos políticos que había conducido alguien llamado Bunderson. ¿Tendría que ver con eso lo que decía la profesora Anita?

Pensé que era mejor no llenarme de ideas antes de hablar con Jasmine Morris. Tendría que buscarla donde Anita me había dicho, y eso quedaba a más de una hora de camino. Imaginaba que era una profesora que pertenecía a la Passkey.

Caminé hasta la esquina que había descrito Anita y encontré en ella a un hombre. Casi no podía ver sus facciones porque llevaba la cara bastante cubierta. Tenía puesto un gorro y una bufanda negra, lentes oscuros y una chaqueta gris The North Face.

—¿Rebeca Marie Olsen? Soy Philip Culp. Debe venir conmigo de inmediato.

—Hola. Así es —le respondí y esperé a que él tomara la delantera.

Pensé que iríamos a un estacionamiento, pero no fue así. Un auto que se encontraba pasando en ese momento se detuvo con brusquedad y se bajó de él un hombre que dejó la puerta abierta y el motor encendido. También abrió la puerta de atrás del auto de ese mismo lado y luego, sin mediar palabra, pasó corriendo junto a nosotros y desapareció.

Philip Culp —con rapidez— se subió en el asiento del conductor y yo iba a hacerlo en la parte de atrás, pero recordé que me mareaba en los asientos posteriores, así que cerré la puerta que el hombre había dejado abierta y me apuré en subirme de copiloto. El auto era un BMW negro. Entré y cerré con premura porque ya Culp había puesto la marcha. Puse mi morral en el asiento trasero, pero antes saqué de él el celular.

En pocos minutos, estuvimos cruzando Manhattan por la vía I-95 a gran velocidad.

—¿Sabes quién es Jasmine? —me preguntó de repente.

—No —le dije.

—Una joven que hemos rescatado de las garras de la Black Key. Ellos no saben su identidad actual. La conocieron con otro nombre. La sacamos de uno de los programas que recluta huérfanos para convertirlos en criminales, en asesinos. Ahora vive en Princeton y estudia el primer año en la universidad. Robert está muy orgulloso de su rescate. Él personalmente se encargó.

Recordé a Robert Smith Patterson, el tío del fallecido novio de mi hermana. El mismo que la había formado a ella. Era la mayor institución en la Passkey; entonces comprendí que Jasmine debía ser alguien con un pasado oscuro y muy bien entrenada, como una especie de arma letal.

DURANTE EL VIAJE estuve mirando la información que Anita me había dado. Lynette Macy era una joven que se había suicidado en su habitación en los edificios Project del campus universitario de Princeton. Estudiaba Ingeniería Química e hizo las pasantías en Nueva York en Sory Company, una de las firmas de cosméticos más grandes del mundo, después de que sus dueños adquirieran una empresa francesa llamada Verove.

Todo el mundo decía que era una muchacha alegre, que irradiaba optimismo y vitalidad. De pronto comenzó a cambiar de conducta; se le veía preocupada, luego deprimida, se intentó suicidar una vez, y al final se colgó en su habitación sin carta de despedida para sus padres ni su hermana, con quien al parecer era muy cercana.

El suceso había acontecido hacía dos días. Así, sin más, nadie se explicaba lo que había pasado en la vida de Lynette Macy.

Por un momento vinieron a mi cabeza esos grupos virtuales que promueven suicidios. Supe de uno que se llamaba Sexy Suicidio. Revisé de inmediato las redes sociales de Lynette. No tenía Facebook, Instagram ni Twitter. Nada. Tendría que esperar a ver qué decía Jasmine sobre ella.

Sin duda, por la foto, se veía que era una chica atractiva, más que el promedio. Lo otro que contenía el informe de Anita se refería a que otras dos chicas habían muerto en similares circunstancias; una en Columbia y la otra en Yale. Se trataba de estudiantes de Ingeniería Química en el último año de carrera; populares, bellas e inteligentes. Estos suicidios habían sucedido hacía un año y seis meses. Hasta ahora nadie los había relacionado. Pero Jasmine había conocido a Lynette la noche que intentó quitarse la vida y luego volvió a conversar con ella, aunque no pudo sacarle más información, y aseguraba que su suicidio había sido inducido. Era por ello por lo que Anita planteaba que esto podía ser una operación que tuviese como escenario las mejores universidades privadas del país. Querían que Jasmine y yo investigáramos lo que estaba sucediendo.

Si alguien la había inducido a suicidarse, ¿por qué lo habría hecho? ¿Qué clase de maldad encerraba la pretensión de que otro se quitara la vida? ¿Sabría algo comprometedor de la empresa donde hizo la pasantía? Era conocido que las empresas químicas, ya sean de cosméticos, plásticos, neopreno o esponjas, son muy celosas en guardar sus fórmulas y que el espionaje dentro de ellas es el más cotizado. Además, las otras dos chicas también estudiaban Química...

Pensé que tenía que esperar a llegar para manejar más información sobre Lynette; sus prácticas, rutinas e intereses.

Me tumbé hacia atrás en el asiento y cerré los ojos un rato.

A principios de la tarde llegamos a Princeton. Nunca había estado allí. Se trataba de una parte de la ciudad que giraba en torno al campus universitario. En las calles había visto decenas de

chicos y chicas jóvenes, en bicicleta o caminando, con pinta de estudiantes.

Cuando llegamos al número 8 de la avenida Patton, Philip Culp me dijo que me esperaría en el auto. Le di las gracias y bajé.

Estaba frente a una pequeña casa. Escuché un par de ladridos y un *golden retriever* salió corriendo a darme la bienvenida. Movía la cola de manera incesante.

La puerta de la casa se abrió y apareció detrás de ella, justo para ver la escena del encuentro con el *golden*, una chica rubia de pelo corto al «estilo bob», vestida con un jersey de cuello alto color rosa y unos *jeans*. Era de baja estatura y de constitución atlética. Nadie pensaría que alguien con esa apariencia antes había sido una asesina.

—HOLA. Soy Rebeca Olsen —dije.

—Hola. Sé quién eres. Pasa. Doggy, ya déjala tranquila —ordenó con cariño al bonito animal.

—Gracias —le respondí y avancé hasta entrar en la casa.

Ella cerró la puerta y pasó el seguro.

—¿Ya te han hablado de mí? —me preguntó. Tenía una voz cálida.

—Sí. Un poco —le dije sonriendo.

—En esencia, soy una de las rescatadas. Salvaron mi vida y ahora tengo una gran deuda con Robert y con todos.

—Lo sé —le respondí.

Comenzamos a caminar hacia una sala. Ella continuaba hablando.

—Les ayudé a capturar a los jefes de la operación de recluta de los huérfanos para transformarlos en asesinos. A cambio me ofrecieron protegerme y cambiar mi identidad. Después logré obtener una beca para estudiar en Princeton. Es que se me dan bien las ciencias exactas. Estoy en Ingeniería, apenas empezando.

En ese momento se detuvo. Era de las personas que cuando dicen algo importante tienen que detenerse. Trabajé con un chico en la revista Polis que hacía eso. Leí que era una característica de las personalidades intensas.

—Por mi pasado es por lo que intuyo cuando alguien ha sido reclutado por una organización poderosa que te va absorbiendo, y te va quitando el aire y tu libertad. Y estoy segura de que a Lynette le pasó eso. Algo malo está ocurriendo en el campus y no solo en este. Le he contado a Anita lo de mi encuentro con Lynette la noche que pretendió suicidarse. Después de eso la busqué un par de veces y no quiso hablarme de lo que había sucedido. Hace cuatro días me preguntó dónde vivía y si tenía garaje. Ella misma me buscó en el campus y me pidió el favor de que guardara su auto en esta casa porque había dejado libre su puesto de estacionamiento, e hizo un comentario relacionado a que quería dejar el auto a su hermana Denise. Entonces imaginé que iba a intentar acabar con su vida otra vez y se lo pregunté. Me dijo que no, que ya lo de las fotos se había solucionado. Cuando me enteré de su muerte, me sentí culpable, porque no he debido creerle. Me puse a investigar en Internet si hubo más suicidios en el campus o en otras universidades, porque ella me hablaba en plural, no solo de los eventuales responsables de humillación, sino de las posibles víctimas. He enviado a Anita Lansbury otros dos casos de «suicidios». Las otras chicas, Patricia Keppel y Joan Peyton, también finalizaban la carrera de Ingeniería Química y eran brillantes. Pero he descubierto algo más; una de ellas, Joan, hace unos años cometió una imprudencia al manejar y atropelló a un chico. Su familia le pagó a la familia de él para que no hubiese consecuencias legales. O al menos eso es lo que ha trascendido en las

redes: parece que alguien se dio a la tarea de desprestigiar a Joan. Parece que eso tienen en común al menos Joan y Lynette; un pasado bochornoso que alguien saca a la luz.

Lo que decía tenía sentido.

—Vamos a sentarnos en la sala. Te haré un resumen de lo más importante y trataré de hacerlo rápido porque creo que debemos movernos lo más pronto posible.

No sabía a qué se refería con lo de «movernos lo más pronto», pero esperé a que me lo aclarara en breve.

La casa era acogedora. Estaba llena de cuadros brillantes y de grandes cojines azules y verdes que rodeaban los muebles del pequeño salón. Ella notó que me quedé mirando el interior de la casa; aunque fuese pequeña, estaba ubicada en una buena zona y debía ser bastante costosa. Creo que se vio en la necesidad de explicarme.

—Esta casa no es mía. Alguien de confianza de la Passkey la ha prestado para que viva aquí mientras curso los estudios. Te aseguro que no tengo dinero, aunque comprendo que, viviendo aquí y estudiando en Princeton, la gente pueda creer justo lo contrario —me dijo.

Asentí.

Doggy caminaba junto a Jasmine y terminó a sus pies cuando se sentó en uno de los sillones.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó.

—No. Estoy bien así —respondí.

Ella me miró y comenzó a hablar, arrugando un poco la frente.

—El problema no es solo lo que pudo haber hecho mal Lynette, porque me dijo que hizo algo de lo cual estaba arrepentida. Sé lo que es eso porque he pasado por lo mismo. Lo peor, Rebeca, es que encontré esto en el cuarto de Lynette. Después de que me preguntó lo del garaje, no me quedé tranquila y decidí averiguar lo que le pasaba. Como no quería decírmelo, sin que ella lo supiera, hace dos días me colé en su habitación por la ventana y revisé sus cosas —dijo mientras sacaba del bolsillo del *jean* un papel doblado.

Lo tomé y lo desplegué.

Se trataba de una lista de diez nombres femeninos, y junto a cada uno de ellos podían verse tres columnas: una con las siglas «C. I.», la siguiente con las palabras «Woodcock Johnson» y la última con la palabra «Reynolds».

—Todas son del último año de la carrera de Química en Princeton, con una inteligencia superior al promedio. Esas columnas significan los resultados obtenidos en esas pruebas de inteligencia. ¿Por qué Lynette tendría una lista así en su poder?

No tenía respuesta para la pregunta de Jasmine. Pero empecé a pensar, como ella, que lo más seguro era que las otras chicas de esa lista también estuvieran en peligro ahora mismo.

—¿SABES en dónde hicieron las pasantías Patricia y Joan?

—Sí. Ninguna en Sory Company, que fue donde las hizo Lynette. Yo también pensé en eso. En que tal vez ese era otro punto en común. Sí que las hicieron en empresas químicas. Patricia en Allen Air, una fábrica de gases, y Joan en Arko, una fábrica de esponjas y materiales adhesivos. Lo único en común es que todas estas empresas han ganado premios por innovación.

—¿Por qué decías que debíamos movernos rápido? ¿A qué te referías?

—A que debemos entrar en su auto antes de que lo saquen de allí. Sé cómo hacerlo.

—¿Te refieres a que tal vez allí haya algo que nos aclare sus últimos pasos?

—Exacto. No hay duda de que se suicidó. Su cuerpo no tenía ninguna evidencia de que la asesinaran, pero estoy segura de que alguien la llevó a ello, porque me lo dijo.

»Te digo —continuó— que estaba arrepentida de algo, se sentía culpable, como si estuviese atrapada, y de pronto vio la manera de salir de la trampa; y por eso tomó esa horrible decisión. Como si por un lado temiese a la humillación por lo de su secreto, y por otro no pudiese vivir con el remordimiento sobre algo que supo. Y, considerando que las otras dos chicas también hicieron pasantías en industrias químicas, podría ser que ese algo tuviese que ver con Sory Company. Quiero ver el GPS del auto. Saber a dónde fue antes de tomar la resolución de acabar con su vida. ¿Me entiendes? Hace tres días vino acá y dejó el auto, y no me dijo nada. Después en la tarde debió volver, buscarlo, ir a alguna parte y volverlo a traer. Cuando llegué, toqué la carrocería y aún estaba caliente...

Se quedó un instante callada, pensando. Luego continuó.

—Apenas se suicidó hace un par de noches y casi nadie sabía que tenía vehículo. Y desde que murió nadie ha venido por él, pero creo que no tardarán en hacerlo. O los que sabían lo que le pasaba a Lynette, la misma policía o su familia. La policía podría atar cabos y preguntar en el campus, y alguien dirá que Lynette algunas veces llegaba en auto. Le dije a Anita que iba a revisarlo, pero me pidió que te esperase...

—Entiendo. Entonces vamos de una vez.

Salimos por la puerta-ventana del salón y nos dirigimos a una pequeña cochera que estaba detrás de la casa.

—¿Te dejó las llaves? —le pregunté de camino.

—No las necesito. Sé cómo abrirlo.

Apenas terminó de decir eso, escuchamos los ladridos de Doggy y lo vimos salir y dirigirse al frente de la casa.

—¿Lo ves? Ya están aquí —dijo Jasmine.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Posiblemente sea quienes vienen por su auto.

—Está bien. Continúa tú hacia donde está el vehículo. Yo los distraigo —le propuse.

Yo volví sobre mis pasos, entré a la casa y me preparé para abrir la puerta principal y atender a los visitantes.

Fue cuando una idea me atacó, por algo que había dicho Jasmine. Dijo que debieron preguntar en el campus, como si no fuesen de allí... ¿Y si alguien del campus estaba implicado?

Recordé que en el escándalo de los sobornos para lograr el ingreso de chicos no calificados en las universidades, naturalmente, hubo complicidad interna. Ahora debía haberla también. Si no, ¿cómo sabían las evaluaciones de inteligencia de las chicas de la lista?

ACLARÉ la voz y abrí la puerta.

—Hola. Soy Marlene Roberts. Trabajo en la Universidad de Princeton y fui tutora de pasantías de Lynette. Estoy aquí porque queremos hacerle un homenaje a Lynette y queríamos hablar con una estudiante llamada Jasmine Morris. ¿Vive aquí? Nos han dicho que, a pesar de no cursar materias juntas, se conocían.

Era una mujer de contextura fuerte y no había venido sola. Detrás, a unos metros de ella, se encontraba un hombre, de esos que tienen apariencia bastante común.

—Él es un compañero de trabajo. Participa en uno de los proyectos del Departamento de Pasantías.

—Hola. Soy la prima de Lynette. Es cierto que Jasmine era muy amiga de Lynette. Por eso la conocí hace unas semanas. Estoy aquí para que me explique algo, para entender por qué Lynette hizo lo que hizo... —Fingí un sollozo y luego continué—. Pero Jasmine ha salido un momento. Podrían esperarla si lo desean.

El hombre se aproximó a la puerta y ella la sostuvo con la mano.

—Mi novio está en el auto. ¿Lo ven? Es policía y me está ayudando a entender lo que ha pasado. Dice que ha mirado el reporte forense, porque tiene buenos amigos allí, y no hay nada distinto a que mi prima se quitara la vida, pero a mí me parece tan difícil de creer.

Noté el cambio de actitud en ella. El hombre que parecía servil y nervioso se detuvo y miró hacia donde estaba Culp, quien se había bajado del auto y a su vez miraba hacia nosotros. Marlene Roberts tomó la palabra segundos después.

—¿Usted es su prima? Nunca la nombró. Ella siempre nombraba a su hermana Denise. Supongo que la veré en el funeral —me dijo.

No le respondí.

—Es mejor que me vaya. Me deben necesitar en el campus. Volveré en cuanto pueda hablar con Jasmine. Gracias y disculpe la molestia. Sé que estos momentos para la familia son un trance difícil, pero queríamos organizar una pequeña actividad para despedirnos de Lynette.

—¿Usted la acompañó a Nueva York a la sede de Sory Company alguna vez? Se lo pregunto porque, como ha dicho que fue su tutora de pasantías, la verdad es que me gustaría saber si tuvo algún problema en ese lugar; estoy buscando una explicación para saber por qué hizo lo que hizo —me aventuré a preguntarle, sin perderle pista a la expresión de su rostro.

—No. Nunca fui con ella —respondió con la voz quebrada.

Mi idea de que Sory Company tenía que ver comenzó a tomar mucha fuerza. Me estaba figurando que alguien reclutaba a las chicas para que tomaran las plazas de pasantes en empresas de interés de la rama de la química, para que hicieran espionaje industrial. ¿Pero cómo captaban a

las chicas? ¿Cuál era el móvil de una muchacha como Lynette, con el mundo por delante, para formar parte de actividades como estas? ¿Cómo las obligaban? ¿Sería por medio de una tortura emocional como dijo Jasmine?

Y esta mujer, la tutora Marlene Roberts, parecía metida en lo que fuera que estaba pasando.

MARLENE ROBERTS MIRABA a todos lados y se tocaba la cabeza, apartando unos mechones de pelo. Se despidió nerviosa y se fue.

Cerré la puerta y volví al salón. Allí estaba Jasmine, aguardándome, escondida tras la cortina de la puerta-ventana. Me pareció que fue muy rápido a revisar el auto.

—Esa mujer nunca me gustó. Debe estar metida en esto —me dijo convencida.

—Yo también creo que sabe algo que no ha dicho.

—También me lo parece —respondió Jasmine.

—¿Qué has descubierto?

—Fue a un lugar en el bosque. A cuarenta minutos de aquí, más o menos. Al 60 de Copper Mine. Tengo las coordenadas...

—Un lugar en el bosque —repetí en voz alta.

—Y también encontré esto en la guantera del auto —dijo Jasmine mientras me mostraba un pequeño papel con unas palabras escritas.

«Beauty Dreams. Celebramos siempre sin egoísmo».

Más abajo, en el borde del pequeño trozo de papel, podía leerse otra frase:

«Todo sea por M».

—¿Sabes qué es eso? —pregunté.

—No tengo idea —me respondió.

—Iremos a ese lugar donde fue Lynette. Vamos a ver qué hay allí. Y necesito que de camino me hables sobre ella; lo que te dijo en esas dos oportunidades en que conversaron. Si hablaron sobre su familia y, sobre todo, de su hermana Denise.

—Es extraño que me preguntes sobre ella, porque cuando me dijiste la palabra «familia», en la única que pensé fue en su hermana Denise; ni en su padre ni en su madre. ¿Pero qué es Beauty Dreams?

—Averigüémoslo —le respondí.

ELLA COMPRENDIÓ lo que quería decir.

—¿Quieres una computadora? Allí en la mesa —me dijo, señalando el aparato sobre la mesa del comedor, cerca de la puerta-ventana por donde ella había salido.

Caminamos con rapidez hasta llegar junto a ella y Jasmine la abrió y la encendió. Apareció la foto de Doggy en la pantalla. Dio clic en el logo del explorador de Internet y escribió las dos palabras. Ante nuestros ojos apareció una página que mostraba un camino en el bosque, en medio de unos árboles, como un paisaje de ensueño. Había que escribir el nombre del usuario y una clave. Probamos con el nombre de Lynette y, poniendo como clave, el de su hermana Denise. Era errado. Luego tratamos poniendo como clave el nombre de Sory Company. Tampoco. Solo nos quedaba una oportunidad de escribir la clave correcta. Un anuncio en la pantalla nos alertó. Entonces nos sentimos perdidas. De repente, Jasmine habló en voz alta.

—Denise era su hermana menor. Es posible que recuerde la fecha de su nacimiento. Creo que eso es importante para los hermanos mayores que ya pueden recordar ese día del nacimiento de su hermanito o hermanita. Sé que es una opción entre miles, pero no se me ocurre otra cosa.

Me pareció una buena idea.

—¿Y cómo sabremos...?

—Yo lo sé. Busqué a Lynette en las redes después de nuestro primer encuentro y no apareció nada. Después recordé que ella me había dicho que no las utilizaba, pero busqué a su hermana y ella sí estaba.

Jasmine tecleó en la computadora portátil y en pocos instantes me mostró el Facebook de Denise; una muchacha risueña que cargaba un gato.

—Y aquí lo tienes; fiesta de cumpleaños; el 16 de septiembre del 2002 —dijo con tono de victoria.

—Pongamos solo los números —le pedí.

—Está bien.

Escribió los ocho dígitos y lo logramos. Entramos en la página con el usuario de Lynette.

Pero en ese momento Doggy ladró y vimos la cara de un hombre aparecer en el ventanal del salón. Era el acompañante de Marlene Roberts.

INSTINTIVAMENTE, Jasmine bajó la pantalla de la computadora y nos dirigimos a la puerta-ventana.

—La profesora Marlene quiere que se queden con esto, y me ha dicho que deberían hacer que investigaran a Alex Jones —dijo al mismo tiempo que nos tendía un sobre blanco.

Me quedé mirando la punta de sus zapatos por un segundo porque tenían unas figuras curvas con incrustaciones que brillaban, hasta que comprendí que debía tomar lo que nos ofrecía, ya que Jasmine no pensaba hacerlo. Estaba, para mi extrañeza, paralizada.

Agarré el sobre. Luego el hombre se fue y lo perdimos de vista entre los árboles de la terraza, camino que conducía a la calle y también al garaje, donde supuse estaba estacionado el auto de Lynette.

—Alex Jones es un profesor que tiene mala fama en la facultad. Algunos dicen que no está bien de la cabeza —dijo Jasmine.

Imaginé que el estado nervioso de la tutora no era porque estuviese metida en algo malo, sino que, al contrario, podía haber venido a darnos una pista. Debía oler algo raro, pero podría estar muerta de miedo, o no querría implicarse. Podría ser que por eso hubiese enviado al hombre que la acompañaba a entregarnos eso.

Jasmine estaba impaciente.

—Mira a ver qué es... —dijo.

Abrí el sobre y saqué varios pósts. Se trataba de notas hechas a mano.

«Beauty Dreams. Celebrar sin egoísmo es pensar en él o en ella».

«La perfección pierde su brillo si se encierra en su propio círculo».

«Ser líder es estar dispuesto a sacrificar algunas ideas, incluso principios, por la felicidad de una persona valiosa para ti».

«Charla de Beauty Dreams, en 60 CM».

—¿Qué te parece esto? —pregunté.

—No lo sé. Se parece a la letra de Lynette, a la que vi en algunos escritos en su habitación, pero no podría estar segura. Sí es cierto que una de las dos veces que hablé con ella dijo algo así. ¿Cómo hizo Marlene Roberts para obtener estos pósts? —se preguntó.

—Son notas muy generales; ideas vagas y lugares comunes de motivación y liderazgo. Mejor vayamos de nuevo a la portátil.

Eso hicimos. La abrimos y volvió a aparecer la página de Beauty Dreams. Vimos un escrito de Lynette. Era como una declaración de membresía a esa organización.

«Soy privilegiada. Lo he tenido todo; belleza, inteligencia por encima del promedio, pero no todos han contado con eso. Es tiempo de que dé algo a cambio. Puedo evaluar las leyes de acuerdo con mi beneficio y el de la persona cuya felicidad me interese. En este caso, mi objetivo

es ayudar a mi hermana a cumplir su sueño. Por ello hoy anuncio mi adhesión a este maravilloso grupo de reflexión, formación y discusión, y me comprometo a no decirle a nadie lo que aquí hacemos ni mucho menos hablar de los proyectos que emprendemos».

—¡Eso es! Las chantajean con las personas que más quieren. Así las convencen de que es «tiempo de que den algo a cambio» —exclamé.

—Es verdad. Lynette me habló de su hermana. Me dijo que lograría que su hermana Denise ingresara en la universidad, que ya estaba casi todo listo. Y su cara se transformó.

—Tenemos que averiguar si Lynette hizo algo en Sory Company —le dije.

—¿Cómo...?

No esperé a que terminara de hablar. Agarré de mi bolsillo el celular y busqué el teléfono de Sory Company en Nueva York. Marqué. Me atendió una voz femenina; le dije que llamaba de parte de Lynette Macy y que necesitaba hablar con el encargado de los pasantes. Del otro lado del teléfono, la voz me dijo algo revelador.

—Ha sido dada la orden del Departamento Legal que no le comuniquemos con nadie de esta compañía.

De inmediato cortó la comunicación.

—No quieren saber nada de Lynette. Algo debió terminar mal allí. Pediré a Anita que averigüen si hubo algún problema de espionaje en la empresa Sory Company, si se ha vendido algún secreto de fórmulas de cosméticos o algo así. Lynette pudo haber hecho eso a cambio de que hicieran algo por su hermana. Tal vez se dejó arropar por las ideas que en esta Beauty Dreams, o como se llame, le han transmitido; tenía que hacer algo por su hermana, menos dotada que ella. ¿Lo ves? Ves que en el papelito de la guantera pone «Todo sea por M». Creo que se refiere a Denise... Es como el «síndrome del hermano favorecido», que se siente culpable de tener más capacidad que los otros miembros de la familia. A alguien escuché hablar de eso, o lo leí en la prensa de Washington. Un experto decía que eran gente manejable. Sobre todo si son captados por sujetos que conocen su psiquis y son capaces de elaborar un plan utilitario que les beneficie.

—¿Pero por qué las inducen al suicidio? ¿Y cómo?

—No lo sé. Pero supón que te atreves a hacer espionaje y te enteras de un secreto que incluye un riesgo para vidas humanas. Son empresas que producen químicos, gases, plásticos, medicamentos. ¿Y si te enteras de que un medicamento produjo la muerte o la enfermedad de varias personas? ¿O de líquidos peligrosos vertidos en arroyos? Entonces, te haces no solo prescindible, sino peligrosa. Lynette pudo sentirse mal por algo que descubriera, si es que hizo espionaje —me aventuré a afirmar.

—Como dijiste, debe haber alguien cerca en la universidad, rondando, invitándolas a creer en estas ideas sobre hacer algo por las personas queridas, alguien que luzca inofensivo. Una persona que parezca imposible que quiera hacerte daño porque ya has considerado que está de tu parte —dijo, tocando con sus dedos las hojas con las notas que yo aún tenía entre mis manos.

—¿Y de ese Alex Jones? ¿Qué opinas?

—Es extraño, pero lo veo incapaz. No me parece. Sin embargo, si la tutora se ha atrevido a darnos ese nombre, valdría la pena averiguar. También presionarla más a ella para que diga todo lo que sabe.

—Sí, tienes razón. Puede que comprendiendo qué fue a buscar Lynette en ese lugar en el bosque encontremos las respuestas y aclaremos quiénes están detrás de esto. Esa tal «Charla de Beauty Dreams, en 60 CM», debe ser Copper Mine. Dijiste que era el 60 de Copper Mine lo que indicaba el GPS del auto de Lynette.

—Debía ser por eso que ella tenía la lista en su poder. Porque las otras estudiantes también debían haber sido convocadas a lo que sea que hagan allí, por lo tanto, todas deben estar en peligro —concluyó Jasmine.

En ese momento, la página nos redireccionó a otro lugar y apareció en la pantalla un mensaje escrito con letras rojas.

«Su cuenta ha sido suspendida».

SALIMOS de inmediato hacia Copper Mine con Philip Culp manejando el auto. Ni siquiera lo miré cuando entramos. Ambas nos subimos en la parte trasera y yo le informé a dónde nos dirigíamos.

Aproveché para llamar a mi amiga Katya, del Washington Post. Sabía que si alguien podía ayudarme a conseguir al especialista que había hablado del «síndrome del hermano favorecido», era ella. Le encantaban esos temas psicológicos.

—Katya, podrías decirme cómo se llama el psiquiatra de Washington que habla sobre el asunto de la conversión del éxito y la culpa entre los hermanos. O algo así. Estoy segura de que leí algo sobre él el año pasado...

—¡Claro! El del libro *Conversión, éxito y culpa en jóvenes sobresalientes*. Es el doctor Ernest Hank. ¿Quieres su número? ¿Estás haciendo un trabajo sobre esto? —me preguntó y luego continuó—. Perdona, Rebeca, pero tengo una llamada de mi hermano menor, ha entrado por fin en la universidad que quería y está feliz; eso sí, preguntándome cualquier cosa a cada minuto...

—Otra cosa; ¿has oído hablar de algo llamado Beauty Dreams?

—Nunca. Olvida lo que te dije de mi hermano, no era él quien llamaba. Adiós, Rebeca.

—Está bien. Cúdate —dije y corté la comunicación.

Enseguida entró una llamada de Anita.

—Estoy con Jasmine, camino al 60 de Copper Mine. Tenemos información sobre algo que podría funcionar allí, llamado Beauty Dreams. Parece ser un espacio donde se habla de una cierta ideología sobre liderazgo que de alguna manera contribuye a que hagan espionaje corporativo. Me gustaría que pidieras a alguien que comprobara algunos aspectos de la vida de Patricia Keppel, en la Universidad de Columbia, y de Joan Peyton, en la de Yale.

—¿Qué quieres averiguar exactamente?

—Que vayan a sus casas, a donde viven sus padres y hermanos, y les pregunten si habían oído hablar de Beauty Dreams o si las chicas decían que estaban participando en un nuevo proyecto que les iba a beneficiar. También que averigüen si Patricia guardaba algún secreto que la abochornara en extremo. Sería muy valioso que la familia o sus amigos se sinceraran al respecto. Hay que acercarse a las familias de las otras chicas que están en la lista e investigar los mismos aspectos. Que no conversen con ellas, porque tememos que están presas de una manipulación ideológica muy intensa. Es mejor que no se den por enteradas de las pesquisas.

—Informaré a Robert de inmediato. Él activará al FBI.

—Bien, Anita. En cuanto lleguemos al lugar y obtengamos más información te llamaré...

—¿Quieres que enviemos a alguien?

—No. Aún no sabemos lo que encontraremos.

—Está bien.

—Tenemos la idea de que alguien de la universidad está organizando todo esto. Una tutora llamada Marlene Roberts nos ha mencionado a alguien llamado Alex Jones. Es profesor en Princeton. Valdría la pena saber más de él y tal vez vigilarlos a ambos —dije, no muy convencida, y corté la llamada.

Comencé a analizar lo que había pasado ese día. Había cosas que no debieron ocurrir de la forma como sucedieron, y eso podía significar algo. Además, sabía que había presenciado una incongruencia, una situación improbable... Entonces recordé lo que había dicho Jasmine. ¿Cuáles fueron sus palabras?

—Una persona que parezca imposible que quiera hacerte daño porque ya has considerado que está de tu parte —repetí en voz muy baja, pero ella me escuchó.

Culp continuaba conduciendo por una vía que se había tornado solitaria, donde los pinos mostraban sus copas dobladas por la fuerza del viento.

En poco tiempo estuvimos frente a la casa que estaba oculta desde la vía. Había que tomar una pequeña carretera de subida que rodeaba una mínima cuesta para llegar hasta ella.

Cuando llegamos, Culp apagó el auto y Jasmine y yo nos bajamos. Caminamos hasta la entrada de la oculta edificación. Parecía vacía.

Dimos la vuelta al edificio y llegamos a la parte de atrás.

En ese momento escuchamos un disparo. Luego otro.

Jasmine cayó al suelo, inconsciente. De su hombro salía sangre.

Escuché una nueva ráfaga de disparos y un grito que me pareció de Culp. Grité, para saber si estaba bien, y Culp me respondió que estaba herido, luego le pregunté dónde estaba y ya no dijo nada.

Con Jasmine y Philip Culp malheridos, me encontraba yo sola frente a un asesino.

SABÍA que tenía que correr y adentrarme en el bosque. Era mi única posibilidad de escapar y de buscar ayuda para Jasmine.

Los disparos cesaron, pero el silencio me aterraba de la misma manera como si hubiese una ráfaga de ellos.

Después no me pareció seguro correr hasta la entrada del bosque, así que debía pensar en otra cosa. Continuaron disparando una y otra vez. Decidí tumbarme debajo de Jasmine, llenarme de su sangre y hacerme pasar por muerta. Al menos así ganaría tiempo.

Lo hice sin pensarlo. Creí que moriría en realidad porque ni siquiera yo pensaba que el asesino fuese tan tonto como para no comprobar mi estado.

Me tumbé junto a ella. Puse su brazo sobre mi cara, para tapar mis ojos. Y el otro brazo sobre mi pecho, para evitar que pudiese ver mi diafragma en movimiento.

Lo oí acercarse. Sus pasos eran cada vez más fuertes. Lo sentí detenerse junto a mis piernas. Pateó el cuerpo de Jasmine para quitarlo, para verme. Continué inmóvil. Sabía que me estaba observando. Si hubiese abierto los ojos, lo hubiese visto apuntarme.

—Levántate. Sé que no estás herida. Si haces algo diferente a lo que te pido, te dispararé — me dijo.

Abrí los ojos. Llevaba la cara cubierta con un pasamontañas y me apuntaba.

—No me interesa que mueras aún. Quiero primero ver lo que me pueden ofrecer. Sé quién es en realidad Jasmine. Lo supe por casualidad. Es bueno tener conocidos en todas partes. Ahora levántate — me ordenó como si estuviese a punto de perder la paciencia conmigo.

No sabía qué esperar de él. Por lo pronto, parecía que no iba a dispararme.

Aparté a Jasmine y me levanté.

Me pidió que me arrodillara y que mantuviera los brazos atrás. Eso hice. Se acercó y me golpeó la cabeza con el arma. Dos veces. Luego todo se oscureció.

CUANDO DESPERTÉ, estaba adolorida. Olía a sangre. Supe que estaba dentro de la edificación y atada a una silla. Moví la cabeza hacia arriba y la vi. Allí estaba Jasmine, apuntándome con un arma. Pude ver una venda que le cubría el hombro, que seguro se habría puesto para parar la sangre de la herida producto del disparo. Comprendí que debió haber sido solo un roce del proyectil.

Y más atrás estaba él, el hombre de los zapatos costosos con brillantes en la punta. Ahora mostraba la cara descubierta.

En un destello recordé que eso era lo que más me había molestado, la idea que había quedado en mi cabeza retumbándome. ¡Un hombre que usaba unos zapatos con incrustaciones pequeñas de diamantes en forma de círculos! Lo tenía en la cabeza, pero no pude dar con ello. Sabía que había visto esa marca de zapatos antes. Eran Aubercy y costaban más de cuatro mil dólares. Era imposible que los usara un empleado universitario de menor rango, que además vestía unos pantalones y una chaqueta común. Una persona que usa unos zapatos así también debe usar otras prendas de similar valor.

—¿Creíste que era Marlene Roberts? —dijo Jasmine, mirándome, y luego continuó en voz más alta—. Tu problema es que supones muchas cosas, especulas y especulas, pero no sabes actuar. Ella solo era la mampara. El que importaba era él, el que nos llevó las notas, el que asumiste de inmediato que estaba de nuestro lado porque tal vez su actuación de aliado sumiso fue buena. Y luego dio el toque magistral de implicar a Alex Jones, que es un sospechoso habitual.

—Los zapatos... —alcancé a decir, todavía atontada.

—¿Estos? Son un regalo por vender los secretos corporativos de Sory Company. Antes una parte de ella era francesa y dejaron enemigos poderosos con ganas de revancha. Gente que estaba dispuesta a pagar lo que fuera y a emplear cualquier método para conseguir sus fines —dijo él mientras caminaba y se detenía junto a Jasmine.

—He practicado un nuevo equilibrio de beneficios con tu amiga Jasmine. Siempre supe que era una asesina, y que su nueva vida no duraría mucho. La verdad es que fue bastante ingenuo que te aliaras con ella. Aunque su interés por la pobre Lynette era real, hace pocos minutos no me costó nada hacer que cambiara de bando. Ahora está de mi lado y me será muy útil porque es una chica de acción y sin escrúpulos. Por lo que me ha contado, pertenece a una asociación, a una organización que a la sombra pretende atrapar delincuentes de cuello blanco, a la que tú también perteneces. Esa información que apenas ha asomado es de sumo interés para mí —continuó diciendo.

Jasmine había dado en el clavo. Dijo algo como que el enemigo más peligroso era el que «dábamos por hecho» que estaba de nuestro lado. No podía creer que se hubiese aliado con este

hombre. Necesitaba tiempo para pensar qué hacer.

—¿Y por qué nos entregó la información de Beauty Dreams? —le pregunté a él.

—No me he presentado, soy Daven Schild, un hombre común. —Sonrió y luego continuó—. Eres buena, tienes la sangre fría e intentas ganar tiempo haciendo preguntas irrelevantes, como mostrando curiosidad y una alta dosis de racionalidad, en esta situación límite. No te imaginas lo fácil que es llevar a las chicas brillantes a la depresión más devastadora. Así como tampoco te imaginas lo fácil que fue que tu amiga Jasmine cambiara de bando. Solo le ofrecí mucho dinero y mantener a salvo a su perro. Fue todo. Uno sabe dónde están los afectos y la verdad oculta de las personas... Pero me daré el lujo de seguir tu juego y te responderé a lo que preguntas. Les entregué la información de Beauty Dreams para hacerles creer que les estaba dando algo valioso, como aliado. Ya sabía que tu amiga venía de la cochera. Supuse que allí guardaba Lynette el auto con el cual Marlene la había visto en el campus. Antes de convocar a las chicas a nuestras charlas y a nuestra red de espionaje las observamos bastante bien y descubrimos sus rutinas. Sabíamos que guardaba un auto en otra parte. Así que, como tu amiga venía de la cochera, era fácil deducir que este estaba allí y que ya tendría la información que las traería hasta aquí. De todas formas, habíamos vaciado este lugar, así que no encontrarían nada comprometedor. La pobre y débil Marlene. Tu amiga se recuperará de la herida porque el impacto de bala la rozó en el hombro. Dejó una herida que sangraba mucho, pero no fue herida de muerte. En cambio, con Marlene ha sido diferente...

La había matado. Se había deslastrado de su socia, que estaba nerviosa por lo que hacían. Más que nerviosa, muerta de miedo.

PARTE II

MARLENE SUBIÓ al auto que estaba estacionado en el número 8 de la avenida Patton. Esperaba a su acompañante, el jefe de la operación en contra de la empresa Sory Company.

Daven Shild era su nombre.

Era un sujeto con una inteligencia excepcional. Conocía por completo las operaciones y fusiones que había adelantado Sory Company, la empresa de cosméticos más importante del país. Sabía que la fusión con la marca francesa de perfumería Verove había arruinado a varios inversionistas. Eso para él era una oportunidad. Alguien daría mucho dinero para obtener información clave sobre las fórmulas de Sory Company. Él mismo había seleccionado a Lynette Macy para que cometiera espionaje en la empresa durante su estadía como pasante. Así como otros sujetos de su banda delictiva habían seleccionado a otras chicas para cometer idénticas acciones. Patricia Keppel y Joan Peyton fueron dos de ellas, pero no las únicas identificadas y reclutadas.

Shild poseía amplios conocimientos sobre la psicología juvenil. En varias oportunidades, en su paso por Harvard, inscribió seminarios sobre el tema con el experto Ernest Hank, quien desarrolló la teoría del «síndrome del hermano favorecido».

Para él, lo que se encontraba tras la teoría del doctor Hank era una explicación de la orientación al suicidio de muchos jóvenes que aparentemente lo tenían todo. Fue cuando se le ocurrió la idea de utilizar esos conocimientos y la posibilidad de atraer a jóvenes bellas e inteligentes para el espionaje corporativo; ubicándolas cerca de los ejecutivos más importantes; impulsándolas a tomar algo con ellos; y solicitándoles que revisen sus objetos más íntimos. En otras palabras, siendo unas Mata Hari actuales. Y si estas chicas, después de hacer el trabajo, se volvían inconvenientes, podría manipularlas a su antojo hasta conducir las al suicidio, amenazándolas con sacar a la luz algo oscuro de su pasado. Cualquier cosa por pequeña que fuera podría ser enorme a los ojos de estas chicas que buscaban la perfección; una imprudencia, un accidente, alguien inconveniente en la familia, unas fotos comprometedoras, revelar algún amante casado, cualquier cosa que vulnerara la apariencia de perfección que pretendían vender. En el caso de Joan, por ejemplo, fue el accidente que produjo cuando era más joven. Él ideó la formación que Beauty Dreams brindaba en sus cursos en varias partes del país en casas alejadas. Parte del pacto con las chicas participantes del proyecto era que las actividades serían secretas porque «los verdaderos líderes se guardan las cosas para sí». Del libro de Hank extrajo la idea de que la sensación de resultar elegido y de mantener esta selección en secreto producía placer en las mentes más brillantes. Algunas veces bastaba con las promesas que hacían a las chicas sobre los beneficios de colaborar como espías laborales. Pero en otros, cuando alguna se hacía conflictiva, buscarían un secreto, algo que no quisieran divulgar, su pecado más oculto, y el temor de que fuera

revelado las conducía al suicidio porque pensaban que lo perderían todo.

Los nexos de Daven con círculos de corrupción en las universidades habían sido heredados de un conocido de él mientras estudió en Harvard, llamado Olson Bunderson, y que estuvo implicado en los sobornos para ingresar en esa universidad a varios políticos e hijos de actores de Hollywood. Este le entregó a Daven los contactos de los profesores, orientadores y maestros ligados a la red de la corrupción educativa más grande de la historia.

Marlene Roberts le temía, sabía que era un hombre inteligente, y también que no tenía escrúpulos.

Ella había lamentado la muerte de Lynette, era su tutora de pasantías y sabía que la chica iba a robar información con la condición de que logran el ingreso de su hermana Denise en la Universidad de Princeton. Pero no sabía que la chica se iba a convertir en un problema, pues uno de los hallazgos que hizo en Sory Company fue que había un producto, la crema facial New Citrón, que contenía compuestos no autorizados por la FDA. Además, le habló sobre la chica que se había encontrado con Lynette, llamada Jasmine, y Daven la había investigado. Descubrió que había tenido un pasado oscuro, que podría serle útil. Eso le dijo.

Marlene pasaba por un momento crítico, pero no quería que Daven se diera cuenta de ello. Temía que podría asesinarla si lo notaba.

Cuando él llegó al auto, luego de entregar las notas de Lynette, ella lo encendió.

—Se ha comido el cuento de que las has querido ayudar entregándoles las notitas de Beauty Dreams que Lynette tomó mientras me escuchaba. Tienen la dirección de la casa, estoy seguro. La estúpida de la chica dejó el auto aquí y la amiga debió haber revisado el GPS. De todas maneras, ya no encontrarán nada allí.

—Lo recogimos todo y le dijimos a las demás que por ahora las actividades serán virtuales. Que alguien habló sobre la ubicación del proyecto y que debió haber sido Lynette, que no soportó la presión de convertirse en una verdadera líder. Fue lo que me dijiste que hiciera.

—Perfecto. ¿Sabes? Les hablé del profesor extraño. Si siguen investigando, tendremos que implicarlo para salir limpios nosotros. Aunque él no tiene nada que ver con esto, y solo está mezclado con lo de los ingresos fraudulentos, no nos cuesta nada plantar en su casa documentos que lo incriminen sobre Beauty Dreams. Estoy seguro de que esa chica no es prima de nadie, y estoy dispuesto a averiguar quién es y qué busca.

Marlene lo miró con miedo y él lo notó.

—¿Qué te está pasando? Te siento nerviosa y no me gusta. Las personas débiles no pueden estar conmigo.

—Nada —dijo ella, tocándose el pelo y llevándolo detrás de las orejas. Era un movimiento que siempre hacía cuando algo la sobrepasaba.

En ese momento, Daven sintió unos deseos enormes de acabar con ella. En cuanto estuvieron en casa de Marlene, a diez cuadras de donde vivía Jasmine, le pidió que le permitiera usar el baño.

Apenas estuvo dentro de la casa y ella cerró la puerta, él la tomó por el cuello y la estranguló justo frente a un reloj de pared que le pareció del peor gusto. Así mató a dos pájaros de un tiro; la culparía a ella de lo de Beauty Dreams porque nadie sabía que él estaba detrás de eso, solo Lynette. Y acabaría con el riesgo de que Marlene hablara. Tarde o temprano iba a hacerlo. Él lo sabía porque era un experto en detectar las debilidades de las personas.

Luego salió de la casa de Marlene y se dirigió al número 60 de Copper Mine.

—BUENO, querida Jasmine. Ya es hora de que convenzas a tu amiga Rebeca Olsen, como me has dicho que se llama, de que nos cuente cosas sobre la Passkey. ¿Ves cómo uno nota cuando toca un tema sensible? Las pupilas se dilatan, y si pudiésemos medir los latidos, nos daríamos cuenta del aumento de la frecuencia de su corazón. Lo mismo pasaba cuando le decía a Lynette que haríamos realidad el sueño de su hermanita Denise... Siempre es igual. Ahora podrás hacer uso de tus antiguas prácticas sin los remilgos de la Passkey. Tengo amigos que me han confirmado que Jasmine Morris no es tu verdadero nombre, tal como te he dicho, que te llamas Penny Seymour y que apenas siendo una niña comenzaste a delinquir.

Cuando terminó de decir eso, dio un paso atrás y sonrió.

Jasmine caminó aún más cerca y se detuvo justo frente a mí. Esperé que me golpeará. Pero entonces me miró y en sus ojos pude leer otra cosa. Era una señal de que no estaba con él, sino conmigo. Estaba fingiendo.

Le devolví la mirada como intentado decirle que la había comprendido.

Ella de inmediato volteó y disparó a Daven Schild. Pero algo andaba mal con el arma.

—Claro que esperaba que no te cambies de bando tan fácilmente —dijo él al mismo tiempo que la apuntaba—. Pero me interesaba ver hasta dónde llegarías. Quería saber qué me podían ofrecer las dos. Ahora ambas saldrán despacio hacia el bosque.

Jasmine y yo salimos de la casa tal como el asesino nos ordenó. Yo permanecía atada de manos. Él venía apuntándonos a pocos metros. Yo iba caminando primero y luego venía Jasmine. Estaba oscuro. Afuera estaba el auto y no había rastros de Philip Culp.

—Continúen por ese sendero y se detendrán cuando les diga —ordenó.

Hicimos lo que decía. Entonces pensé que si alguien tenía mayores posibilidades de actuar de mejor manera en una situación como esa, era Jasmine, pero era necesario que yo diseñara la estrategia; una distracción peligrosa que podía acabar con mi vida, pero de todas maneras este asesino iba a matarnos. Para eso nos llevaba al bosque, para que, una vez que estuviésemos más adentro, nuestros cuerpos tardaran en ser encontrados. Pronto nos pediría que saliéramos del sendero, así que, cuando lo hiciera, debía dar rienda suelta a mi plan.

Confiaba en que los reflejos de Jasmine fuesen rápidos.

Caminamos unos minutos más hasta que nos dio la temida orden que yo había imaginado.

—Viren a la izquierda, despacio. Cualquier movimiento extraño, disparo —amenazó.

Entonces, me detuve y le grité a Jasmine que corriera.

Ella comprendió de inmediato. Siendo dos, y por muy hábil que fuera, primero debía acabar con una y luego con la otra. Divididas, una de las dos tendría alguna oportunidad de esconderse entre los árboles mientras el asesino disparaba a la otra. Estaba claro que, a mis ojos, Jasmine era

la indicada para la huida y que yo debía ser la presa distractora. Y eso fui. Sentí un impacto en la pierna y un chorro de sangre caliente rodar en mi piel. Pero valió la pena. Jasmine había desaparecido entre los árboles. Y yo aún tenía la suficiente conciencia como para no rendirme.

CAÍ Y RODÉ por una cuesta. Me hice daño en los brazos, sentí golpes y arañazos. No podía pararme, pero mientras el terreno me lo permitiera, continuaría rodando hacia abajo. Le costaría encontrarme. Al final fui a parar junto a un enorme tronco y una piedra.

Miré mi pierna. No se veía bien. La sentía dormida, y estaba mareada. Tenía que detener la hemorragia, pero no podía hacerlo porque mis manos estaban atadas aún. Debía levantarme y seguir hasta que tuviese algo de fuerza.

No tendría mucho tiempo antes de desmayarme. Si me quedaba allí, me dormiría y moriría.

Me puse de pie con dificultad. Lo siguiente pasó muy rápido. Daven Shild me apuntaba.

Vi aproximarse a Jasmine, callada, con un trozo de madera en la mano, detrás de él. Le pegó en la cabeza con precisión y también en la espalda. Daven Shild cayó.

Lo último que recuerdo fue una fragancia a pino y la voz de Jasmine diciéndome que todo iba a salir bien, que buscaría ayuda.

—No te dejaré morir, Rebeca. Me has salvado la vida, poniéndote de escudo, buscando que huyera. No te dejaré morir... —repitió convencida.

—Lo sé, Jasmine. Sé que tú también hiciste lo correcto. Tenías que seguirle la corriente. Eso nos dio una oportunidad. Si no, te hubiese matado antes.

Después de decir eso, perdí la consciencia.

CUANDO DESPERTÉ, me encontraba en una habitación de hospital y vi una cara conocida, era el agente Brody Wray del FBI de Westchester. Supuse que estaba allí porque, de la Passkey, era el más cercano y al que le resultaría más rápido acudir. La distancia de Sleepy Hollow a Princeton solo era de 140 kilómetros.

Se acercó a la cama y me miró, sonriente.

—Pensaba que estaría al menos cuarenta y ocho horas sin verte —me dijo.

—¿Jasmine está bien? ¿Y Philip? —pregunté, sentía la lengua pesada.

—Los han operado y están fuera de peligro. Con Philip casi no lo logramos, pero ahora evoluciona bien.

—¿Qué han dicho de mi pierna?

—Que te pondrás bien.

—¿Daven Shild? ¿Está vivo?

—Sí. Está detenido. Todo lo que concluiste era cierto. Ya Jasmine nos habló de tus tempranas conjeturas. Las chicas eran espías en las empresas; a las que mostraban escrúpulos las manipulaban con la amenaza de publicar información sensible para ellas, las llevaban al suicidio, y si no lo hacían, posiblemente las hubiesen asesinado con el cuidado de que sus muertes parecieran accidentales. Lo tenía todo planeado.

»Creo que algunos criminales son buenos planificando las acciones, pero toman malas decisiones cuando tienen que improvisar. No debió imaginarse jamás que tendrías el valor de hacer lo que hiciste; usarte a ti misma de carnada para que Jasmine pudiera escapar.

—Es verdad. Y yo soy solo una simple periodista —le respondí.

—No tienes nada de simple. Creo que hicieron una excelente pareja Jasmine y tú. Resultó una perfecta contraparte para ti.

—Shild pensaba que tenía todo bajo control y esto fue su gran error. Esa confianza exagerada hizo que «jugara» con nosotras, pero en realidad fue una oportunidad que nos dio, sin desearlo, para nosotras sobrevivir. Estaba acostumbrado a decidir sobre las acciones y la vida de los otros, basándose en los afectos de las personas y, sobre todo, en los secretos oscuros que cualquiera puede guardar.

—Sí. Ahora esperamos que nos dé los nombres de los otros implicados en el complot, en el espionaje y en el asunto del Beauty Dreams. Ya Shild ha hablado de toda la red que ha montado porque está muy orgulloso de su obra. Hasta parece encantado de poder contar sus fechorías. Así que daremos un golpe fatal a este espantoso proyecto de sumisión psicológica a las jóvenes universitarias, y de paso acabaremos con lo que aún queda de la red de corrupción para los ingresos en algunas casas de estudio. Parece que no solo abarcaban las empresas químicas, sino

también algunas instituciones públicas, corporaciones de tenencias de tierras y agua, algunos medios de comunicación... Todo lo que pudiese contener información valiosa para competidores, contratistas, enemigos políticos... Así que muchas de las cosas que pensaste eran ciertas. Necesitábamos a alguien como tú en la organización.

—¿Alguien como yo? ¿Muy sensible a las incongruencias, como la de los zapatos que usaba este hombre? —le pregunté de mejor humor.

—Ya sé que lo de los zapatos te alertó. Jasmine me lo ha contado. No solo habló de tus deducciones para develar el delito, sino, sobre todo, de tu valentía. La demostraste con la operación que evitó el rapto de aquella pequeña en Copper Harbor, frente al asesino de Sleepy Hollow, y también ahora con esa maniobra en el bosque. Ya te dejo, afuera están ansiosos por saludarte Anita y un sujeto que parece muy interesado en ti... —dijo y sonrió.

—La buena de Anita. Gary, sí, es mi...

—Les diré que pasen. Lástima que no despertaste antes. Vino una «extraña enfermera» que quería convencerse de que estabas fuera de peligro. Le cubrí las espaldas para que pasara desapercibida. Ahora mismo acaba de irse. Te ha dejado esa nota sobre la mesita junto a una rosa —me interrumpió.

La tomé de inmediato. Sabía que era ella, Rose.

«Para Rebeca Marie Olsen... te pondrás bien, querida. Hasta pronto», leí.

Sonreí y unas lágrimas se desprendieron de mis ojos.

Después de todo y haciendo un recuento, era verdad lo que reconocía Brody; hay una valentía interesante dentro de mí que aparece en los momentos justos, y que antes ni siquiera sospechaba que poseía.

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de este relato.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma ;)

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

[Amazon.com](https://www.amazon.com)

[Amazon.es](https://www.amazon.es)

[Amazon.com.mx](https://www.amazon.com.mx)

Si has disfrutado leyendo *Los suicidios de Princeton*, te invito a leer los otros relatos de la serie Rebeca Olsen:

No confiaré: Rebeca Olsen n° 1

No lo permitiré: Rebeca Olsen n° 2

No lo revelaré: Rebeca Olsen n° 3

Los asesinos de Hudson Line: Rebeca Olsen n° 4

Los traficantes de Los Angeles: Rebeca Olsen n° 6

Si deseas leer otra de mis obras de manera gratuita, puedes suscribirte a mi lista de correo y recibirás una copia digital de mi relato *Los desaparecidos*. Así mismo te mantendré al tanto de mis novedades y futuras publicaciones.

Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/losdesaparecidos>

Puedes encontrar todas mis novelas en estos enlaces:

Amazon internacional

www.amazon.com/shop/raulgarbantes

Amazon España

www.amazon.es/shop/raulgarbantes

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes



ÍNDICE

Créditos

Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Parte II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Notas del autor